

1827

ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE LA CIUDAD DE SEGOVIA

EN SU FRAGIO

POR EL ALMA DE SU DIFUNTO OBISPO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON ISIDORO PEREZ DE CELIS,

DIZO

*el Dr. D. Bernardino de Anton, Canónigo
Lectoral de la dicha Santa Iglesia.*

CON LICENCIA.

Segovia. Imprenta de Espinosa. Año de 1827.

ORACION HUMILDE

QUE SE LE OFRECE EN LA SANTA MISA

DE LA SANTA MISA

EN LA SANTA MISA

DIO

EN LA SANTA MISA

CON LICENCIA

EN LA SANTA MISA



t. 137093

C. 1208010

R 127348

Mortuus est in senectute bona.

Paralip. cap. 29. v. 28.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Mucho abismo, abismo insondable son los juicios de Dios. Cuando nuestro Ilustrísimo Prelado mas se afanaba con el misericordioso anhelo de socorrer la miseria de tantos pobres de Cristo, faltos del necesario alimento: cuando para consolar y aliviar á tantos honrados y laboriosos menestrales, que no por falta de aplicacion, sino por faltarles el trabajo están gimiendo con la dura necesidad que llevan por esas calles retratada en sus pálidos y apurados rostros: cuando para desahogar la pena que afligía su compasivo corazon, al ver las grandes necesidades públicas y ocultas de éste y de otros muchos pueblos de la Diócesis, habia manifestado Su Ilustrísima á muchas buenas personas, su caritativa determinacion de expender para socorro y alivió de los menesterosos una cantidad superior á lo que podia quedarle propio suyo, deducidas las deudas que tenia contra sí, aunque se vendiese cuanto le pertenecía, sin temor de quedar en efecto

el mas pobre de todos los pobres, porque en el afecto y voluntad ya era nuestro Pastor el mas pobre de todos, y..... en efecto lo ha sido: en estas circunstancias tan notables..... ¿Qué es esto? ¡Dios mio! Dios misericordioso! Dios justo! Cuándo se afanaba nuestro buen Prelado en lo que es para Vos tan agradable, ha sido vuestra voluntad santísima que desaparezca de entre nosotros! Teneis, Señor, innumerables títulos que son debidos á vuestra infinita grandeza, pero tambien os gloriais llamandoos, y quereis que os llamemos Padre de pobres. ¿Quereis dejar ya este admirable título de tanto consuelo para nosotros, y que declara tan altamente vuestra bondad y misericordia? ¿Por qué, Señor, nos habeis llevado al que era en este pueblo Padre amoroso de vuestros pobres?

Vos, Señor, mandais, y recomendais la caridad y misericordia para con los necesitados con palabras tan encarecidas que son capaces de ablandar, de romper los corazones mas duros y empedernidos. Quereis que sea el menesteroso considerado, como un íntimo amigo vuestro, como vos mismo. Sois Criador Todopoderoso, y juez supremo de todos los hombres, y teneis dicho que la misericordia que se hace con los pobres y pequeñuelos la estimais, y habeis de remunerar magníficamente... como quien sois... como si fuese hecha en

la realidad con vuestra persona sacratísima: que el menosprecio del pobre os irrita como si fueseis vos mismo el menospreciado: y habeis de fulminar contra los que no fueren compasivos aquella muy temible y poderosa maldicion que les arrojará para siempre de vuestra gloriosa presencia, sepultándoles en el fuego eterno.

Meditemos seriamente, amados míos, si nuestras culpas habrán sido la causa de haber llevado el Señor para sí, cuando menos lo temíamos y cuasi de repente al que alimentaba á los hambrientos, vestía á los desnudos, y aliviaba toda clase de necesidad, al que para mas favorecer á otros destinaba para su persona aún menos de lo muy necesario. De lo alto vienen los males que afligen á los pueblos. *De humo non egreditur dolor.* Las calamidades públicas no nacen de la tierra, que fecundizada con la bendicion de Dios produce frutos saludables para nuestro sustento. De nuestros pecados nace. Y si las miserias que á tantos afligen son efecto de estar Dios irritado, ¿quién no temerá su ira? ¿Podrá el rico libertarse con sus riquezas? ¡O amados míos! O Cristianos! Si los pobres mueren al espantoso rigor del hambre, su muerte gritará con fuertes voces pidiendo venganza, clamará y hará venir la epidemia y el contagio, que dirigidos juntamente por el Señor vengarán las injurias

de los pobres: y aunque (para mayor castigo) sean arrebatados algunos justos, y misericordiosos juntamente con los injustos y faltos de misericordia, sabio y poderoso es el Altísimo para hacer una justa separacion de buenos y malos.

Pero ¿adónde se distrae mi discurso desordenado? ¿Porque indiscretamente quiero añadir aflicion á este afligido pueblo? ¿O cómo yo pecador vilísimo tengo atrevimiento para entrar en contienda con el Todo-poderoso, como si tuviera la fé y confianza de Abrahan, la inocencia y sencillez de Job, ó la familiaridad amigable de un Moyses? ¡Bendito seais Dios justo! Grande y muy sensible es el golpe que habeis descargado sobre este pueblo; pero, seais en todo eternamente bendito. Salvo siempre el religioso respeto que es debido á esos vuestros juicios tan incomprendibles y tan adorables, creo, Señor, que nuestro sentimiento no será culpable en vuestra divina presencia: pues hasta el hermoso y brillante Sol, que vos habeis criado, al mismo tiempo que pareció querer obsequiar al venerable cadáver de nuestro Prelado, pareció quiso tambien avivar el sentimiento de este pueblo. Muchas personas buenas, de caracter y distincion, estando separadas entre sí, sin haber podido por tanto convenirse anteriormente, aun mismo tiempo creyeron esto mismo, observando como ob-

servaron que en aquel dia (anublado en todo sentido) al ser removido del féretro para el sepulcro el respetable cadáver de nuestro egemplar Obispo, mostró el Sol toda su claridad, y escondió otra vez su hermosa luz inmediatamente que le cubrió la tierra. Ni en aquel dia tenebroso y revuelto hubo mas tiempo sosegado que mientras duró la procesion fúnebre para traer el cadáver con el decoro debido desde el Palacio Episcopal á esta Santa Iglesia.

No pretendo aumentar mas vuestra pena con recuerdos tristes; antes bien quiero consolarme, y consolaros en el Señor manifestando que no son pequeños y débiles, sino grandes y muy poderosos los motivos que tenemos para desahogar nuestra afliccion, honrando la buena memoria de nuestro muy respetable y muy religioso Pastor y Prelado. Ha muerto! Sí.... ha muerto. Pero.... *In senectute bona,, Pletus dierum.* Despues de una vida larga cristianamente laboriosa, empleada constantemente en el estudio y egercicio de las virtudes: en buena, y venerable ancianidad: en circunstancias que podemos creer, con fundamento, ha querido el Señor hacerle participante de la bienaventuranza que tiene prometida á los que emplean sus talentos y facultades en beneficio de los menesterosos y pobres, á los cuales tiene ofrecido que los ha de librar en

el día infeliz y malo para los malos, pero bueno y muy dichoso para los buenos. Estad atentos.

Ilustrísimo Señor: El Padre S. Gregorio Papa, que meditó profundamente la gran dificultad que hay en apacentar saludablemente, y regir bien las almas, cuyas heridas son mas ocultas, y por tanto mas dificultosas de curarse que las que se padecen en lo mas secreto de las entrañas, conoció bien que para haber de encargarse los hombres en este importante y muy trabajoso ministerio, es necesaria una muy singular y grande ciencia, porque si esta les falta, dice el Señor que no les conocerá para admitirles en su gloria. Reynaron y no por mí, fueron Príncipes ignorándolo yo, dice quejándose de los tales por el Profeta Oseas. El Apóstol S. Pablo enseña, que si alguno ignora lo que debe saber, será ignorado, y no le conocerá Dios entre sus escogidos. Ni basta que un Prelado tenga ciencia para saber decir á cada uno lo que le conviene; es preciso que sus costumbres correspondan fielmente con la buena doctrina que es obligado á enseñar, que no pise con su mala vida las máximas saludables adquiridas con el estudio. Bebiendo vosotros el agua muy clara, dice el Señor por Ezequiel, enturbiasteis con

vuestros pies lo que en la fuente quedaba, sustentábanse mis ovejas con el pasto que habiais pisado vosotros, y bebían el agua que habiais enturbiado. Entónces, añade S. Gregorio, beben los Pastores el agua muy clara, cuando por el estudio y especulacion gozan á su placer las fuentes de la divina escritura; enturbian el agua, cuando con mala vida corrompen lo bueno que aprendieron; las ovejas beben el agua turbia y revuelta con los pies, cuando los súbditos siguen no, como debieran, las buenas palabras que oyen, sino las malas obras que ven.

La humilde modestia de nuestro difunto Obispo, el Ilustrísimo Señor D. Isidoro Perez de Celis, ha sido causa de no ser mas notoriamente sabido, aunque á pesar del piadoso estudio con que procuró ocultar lo que pudiera honrarle, se ha sabido y sabe mas de lo bastante para no poderse dudar, que han resplandecido maravillosamente en S. S. I. estas prendas tan principales, como necesarias para ser buen Prelado, ciencia admirable, y vida egemplarmente virtuosa. El verdadero humilde alcanza la dicha y celestial ciencia de saber despreciarse; pero Dios le ensalza, y le da á reconocer á manera de luz resplandeciente colocada sobre un hermoso candelero, para que alumbre á los que están en su casa, que es la Santa Iglesia Católica. Ya no asusta á nuestro

*

buen Prelado el humilde y piadoso temor de los aplausos que le eran ciertamente muy debidos; justo es que se publiquen para nuestra edificacion las prendas y virtudes que procuró tanto ocultar durante su vida.

De intento no quiero detenerme en hablar de su antiguo linage y prosapia; no porque á S. I. le faltase la cualidad de ser noble, pues que lo era, sino porque como verdadero sabio cristiano entendia bien que la nobleza carnal, por mas esclarecida y preciada que sea en el mundo, vale muy poco en la estimacion recta del que sabe considerar la admirable alteza á que es elevado el hombre por otro muy superior nacimiento. El que ha sido engendrado, el que ha nacido en Jesucristo, tiene á Dios por Padre. El resplandor clarísimo de esta honra celestial oscurece todas las honras mundanas. ¿Qué es el linage humano mas distinguido comparado con esta nobleza divina de los hijos de Dios? Oíd y vez como pensaba ya con esta sabia y cristiana rectitud de juicio, que no desmintió en todo el curso de su vida, cuando á los catorce años de su edad, despues de haber estudiado bien la Gramática, salió de su pueblo y casa de su Padre. Siempre estimó en poco los placeres y bienes terrenos, porque apetecía los celestiales.

Despues de una ligera estancia en la villa y Córte de Madrid, salió y se embarcó para

el nuevo mundo, llegó al Perú tan celebrado por la abundancia de su preciosa pedrería y ricos metales, y fijó su residencia en la brillante y populosa ciudad de Lima (Capital de aquel Vi-reynato.) Se corromperá el inesperto jóven con el inquieto deseo de atesorar riquezas? Voy luego á calmar vuestro temor, demasiado fundado á la verdad, atendiendo á lo que generalmente apetecen con ansia los hombres. Esclavos miserables de las riquezas, que empredeis tan dilatados viages y arriesgada navegacion, arrastrados violentamente por la codicia! Aunque os parece que navegáis prósperamente, y con feliz bonanza ¡ah necios! aun antes de entrar en la peligrosa nave, habeis naufragado ya. Vuestro engañado corazon va (navega) enteramente sumergido en el piélagos siempre inquieto de vuestra avaricia insaciable. Llenos de confusion. Viérais, si tuviérais ojos de ver, admirariais, si supiérais admirar lo que es verdaderamente bueno y admirable, ¿Qué? un jóven dichoso, no como vosotros pensais y deseais neciamente, sino segun el oráculo infalible del Espíritu Santo. *Beatus vir qui post aurum non abiit.*

Fué al nuevo mundo, al rico Perú, mas no fué en seguimiento del oro, que egerce un dominio tan despótico en los corazones de cuasi todos los mortales. Facilmente conoceremos, que si D. Isidoro Perez de Celis hubiera que-

rido aplicar á especulaciones de lucro su talento vivo, penetrante y combinador, pudiera prometerse acumular tesoros con abundancia. Enardecida estaba su buena alma con ardientes deseos de enriquecerse, pero con otras riquezas muy superiores, mas sólidas y mas verdaderas, de mas valor que la plata y el oro. Olvidó su pueblo y la casa de su Padre, porque segun la espresion del Real Profeta, *Audi, et vide*: Oyó la voz de Dios, que le llamaba á la perfeccion de la vida religiosa, y abrió los ojos del alma para ver... no la brillantez y pompa del ruinoso lujo de las grandes poblaciones, no los regalos y soberbias grandezas mundanas, que pudiera prometerse volviendo á la Península rico de plata y de oro; sino que abrió los ojos del espíritu para ver lo engañoso de estas grandes vanidades, que lejos de ayudar para la virtud, son ordinariamente las que la destruyen. Inclino dócilmente el oído al Señor que á él, y á todos nos dice, que la misericordia con los pobres y pequenuelos despreciados en este mundo, es misericordia hecha con el que nos ha criado, y nos ha de juzgar á todos. Ilustrado con esta santa palabra, no miró los bienes terrenos para codiciarlos, con mejor consejo apartó de ellos su vista, y la fijó atentamente en las enfermedades y miserias humanas para egercitar la misericordia tan agradable á Dios,

que se gloria sobre todo de ser misericordioso. Con esta piadosa determinacion salió de la Península. Santamente animado con ella, atravesó con intrepidéz cristiana el dilatado mar, y á poco de haber estado en la ciudad de Lima, entró, y pasado el tiempo necesario profesó en la Sagrada Religion de Clérigos Reglares, Ministros de los enfermos agonizantes. Ved, ó Cristianos, los bienes y riquezas, las conveniencias y regalos, ved la plata y el oro que codiciaba su corazon. Acompañar de cerca á los tristes pacientes en aquel estado tan abatido, en que todos hemos de vernos, en el cual aunque sea el mas alto personage se hallará en mayor necesidad y miseria que el mas infelíz mendígo. La delicada y blanda música en este penoso ministerio, oír los quejidos lastimeros de los moribundos: los olorosos perfumes, percibir el hedor de toda clase de enfermedades y dolencias: en vez de pasatiempos y recreos mundanos, estar en vela angustiado y solícito en las horas mas silenciosas de la noche, cuando la naturaleza mas apetece el reposo, mezclar tiernas lágrimas de compasion con los que están para salir de esta vida, ayudarlos en sus congojas y agonías, socorrerles con los divinos consuelos de la Religion, sin hacer aprecio de la propia vida corporal, combatir valerosamente contra los espíritus malos mas esforzados y atrevidos, mas

cruces y temibles que nunca en aquella hora, por desgracia demasiado olvidada, en que se acaba el tiempo, y empieza la eternidad. Pudiera referir algunos acontecimientos no poco prodigiosos que han llegado á saberse, á pesar de la modesta precaucion con que procuraba Su Ilustrísima ocultar su piedad y buenas obras: acontecimientos, que declaran el celo y fervor, con que se empleaba en estos egercicios de tanta misericordia, y lo importante que en muchas ocasiones fue su presencia en orden á la salvacion de las almas. Pero aún sin detenerme en estas relaciones, temo dilatarme, y no quisiera seros molesto. ¿Y cómo su Religion, sino fuera en ella bien sabido lo bien que se egercitó en lo principal de su penoso instituto, le hubiera confiado, como le confió, los principales encargos, asi trabajosos como honoríficos de Lector de Filosofía y Teología, Prefecto, Consultor general, y otros, todos los cuales desempeñó muy distinguidamente?

No deja de ser admirable, como habiéndose ocupado en tantas cosas, y tan intensamente, que para cada una parecia necesario todo el tiempo, pudo tenerle para adquirir los vastos y profundos conocimientos, que adquirió en las bellas letras, en las Matemáticas, en todas las partes de la Filosofía, de todo lo cual escribió con aprecio, y aun con admira-

cion de los sabios mas célebres, y en las ciencias Sagradas que esplicó dignamente muchos años. Solo con su extraordinaria y cristiana laboriosidad, infatigable, como es público y notório, hasta los últimos dias de su vida. Ya por los años de 1793 era celebrada en ambos mundos la vasta erudicion, y profunda ciencia del Padre Isidoro Perez de Celis, Lector Jubilado entónces en su Religion. Vivos están los impresos en que es llamado.... El Sabio Español! Expresion muy significativa que le coloca en el número privilegiado de los que por sus luces son honra de esta nacion que á ninguna cede en grandes talentos, á pesar de la embidia, ó mala fé de los estraños, y ligereza ó fatuidad de muchos de los naturales, que ni quieren, ni merecen llamarse nuestros. En el Periódico literario Peruano se publicó una erudita analisis de sus obras filosóficas. Es comparado y preferido el Padre Isidoro á los escritores mas célebres de su tiempo. Afirman aquellos Sabios redactores, que ha reunido cual ninguno la claridad y la concision, el buen gusto, la profundidad y la exactitud. Manifestaron vivos deseos de que en todas las escuelas públicas se leyesen estas obras verdaderamente apreciabiles. Sabias universidades de uno y otro emisferio han juzgado que sus instituciones de Filosofia son preferibles á cuantas se han escrito para la instruccion de la

juventud estudiosa. En muchas universidades de América se lee esta obra tan preciosa en dictamen de hombres sabiamente juiciosos.

Y ¿Podrá acaso presumirse que los encariados encomios, con que ya en aquel tiempo era públicamente elogiado nuestro sabio Obispo, nacieran de viles y groseras adulaciones? Pero la infame adulacion, que obra en todo por interes, ¿cuál podia prometerse para lisongear á un Religioso estremadamente amigo de la santa pobreza, y enemigo de las grandezas, bienes y placeres del mundo? Se puede inferir cuanto amaba entónces esta grande virtud y desprendimiento por el amor que les ha tenido en el Pontificado. Es cierto que el Padre Isidoro Perez de Celis lograba singular estimacion y aprecio entre personas desde la primera grandeza hasta las de mas ínfima clase; que de todos estados y condiciones le consultaban muy frecuentemente sobre asuntos y casos muy graves y dificultosos; que todos quedaban tranquilos, y seguros con los dictámenes que salian de su boca, ó estendia con la pluma; pero esto, junto con lo que ya he manifestado, al mismo tiempo que su profundo saber, demuestra claramente que no habia necesidad, ni lugar para que la torpe adulacion pudiera entremeterse en los elogios con que era preconizado su verdadero mérito.

Si algunos de cualquier modo prevenidos

resistieren persuadirse de esto, á pesar de hechos tan positivos, y reflexiones tan fundadas, lean, y si tienen talento, empleenle, que dignamente puede emplearse, en meditar su excelente obra en verso castellano, cuyo título es, *Filosofía de las costumbres*: impresa en Madrid el año de 1793. Por modestia no ha querido su Autor que sea mas conocida esta grande obra, de la cual Escritores de mucha erudicion afirman ser la mejor en su clase, y que no la falta la recomendable circunstancia de ser por su método y modo propiamente original. Vió y lloró „el abuso desenfrenado y „pernicioso que de la razon y la poesía han „hecho en estos últimos tiempos á favor del „libertinage los que vanamente se arrogan el „nombre de Filósofos, y se empeñó en la árdua empresa de hermanar las dos en apoyo „de la verdadera Filosofía de las costumbres.“ La crítica mas severa, con tal que sea juiciosamente imparcial, hallará una imaginacion viva y hermosa, un ingenio feliz y fecundo, un raciocinio recto y vigoroso con que deleitando enseña, demuestra y convence con argumentos irresistibles las obligaciones del hombre para con Dios, que le ha criado y le conserva, para consigo mismo como racional, para con los demas hombres en las diversas relaciones, que tiene con ellos, y tenemos to-

dos mutuamente como dependientes de un mismo y solo Criador.

Declara maravillosamente como del supremo dominio de Dios, Criador de todas las cosas, nace suave y dulcemente lo que el hombre debe hacer para agradarle y conseguir la eterna dicha á que por su infinita bondad le ha destinado. Dice á los Padres de familia la prudente cordura y celosa laboriosidad, con que deben atender á que den en sus hijos buenos frutos las semillas de virtud que Dios ha infundido en sus almas, usando oportunamente de severa gravedad para corregir las inclinaciones malas que en ellos adviertan, y con toda economía las caricias y alhagos, que tal vez se prodigan demasiado, con perjuicios que se lloran despues, cuando ya es muy dificultoso el remedio. Se eleva con magestuosa dignidad, y sube con el suave canto de sus luminosos versos al alto origen de donde viene la autoridad de los Soberanos, y la potestad venerable de las leyes que promulgan. Dirige su convincente y persuasivo razonamiento á los súbditos, y presentándoles con viveza y energía las grandes ventajas que á ellos mismos les trae el orden establecido por Dios, y los males sin término que han de seguirse necesariamente si este orden se turba, les convence con peso de graves razones, hasta dejar-

les íntimamente persuadidos, que léjos de mirar la autoridad suprema como un yugo incómodo, deben aún por su mismo bien, respetar y amar en ella una benéfica disposicion ordenada sabiamente para provecho y bien de los hombres por el Señor que á todos ama, y es bienhechor de todos.

Mas ¿porqué me detengo en elogiar una obra, que es superior á los elogios con que puedo hablar de ella? Es la verdadera Filosofía de las costumbres, la importante sabiduría de bien vivir; el que se penetre de su excelente y sana doctrina, será bueno, cualquiera que sea su condicion y estado. En ella se halla un juicio.... me atrevo á decirlo, extraordinario, que ha sabido hermanar la sutileza y exactitud de un raciocinio firme con las delicadas bellezas y animadas pinturas de una poesía noble, encantadora y brillante. Reunidas en esta apreciable obra todas estas buenas cualidades caminan con firme rectitud y buen orden, á manera de egército formidable al enemigo, con el doble objeto de hacer justa guerra al vicio perjudicial, feo y abominable, y defender la útil, hermosa y amable virtud, hasta colocarla dignamente en su trono; hasta obligar al hombre á que la dé morada en su corazon para obrar en todo segun las leyes siempre justas que le prescribe. No solo hace entender, que la molicie y regalo debilitan al

hombre, y le hacen decaer de su dignidad asemejándole á los brutos que no tienen inteligencia, convence ademas la necesidad de la mortificacion para corregir el desarreglo de las pasiones, y aún hace sentir los bienes que trae al espíritu, y tambien al cuerpo el castigarse voluntariamente asimismo. Demuestra cuán irracional y detestable es el orgullo que ciega al hombre, y tanto que le parece nobleza lo que le envilece, y elevacion lo que le precipita, y tambien demuestra como la verdadera humildad, y propio menosprecio le eleva y ensalza hasta hacerle amigo familiar del mismo Dios. Fué poco para la sabiduría y virtud de nuestro difunto Prelado hacer ver como la sórdida avaricia degrada al hombre, que teniendo un corazon criado para el Cielo, le deprime indignamente, y le sepulta en la tierra junto con el tesoro á que le tiene muy tenazmente adherido, siendo no pacífico dueño, sino triste y caviloso esclavo de sus riquezas; hace ver ademas los soberanos privilegios y celestiales encantos de la santa pobreza, despreciada y aborrecida en el mundo, pero escogida y amada por el hijo de Dios, que la llevó siempre consigo todo el tiempo de su vida mortal, y la tiene prometido muy particularmente su reyno. El vicio se vé, á su pesar, descubierta, presentado con su vergonzosa fealdad, y es presentada tam-

bien la virtud contrapuesta ingeniosamente, para que resaltando mas, sea mas preciada su celestial y divina hermosura.

Omito presentar, como pudiera, otros muchos documentos de su profunda y sana sabiduría; pero no debo callar que en sus escritos (lo mismo era en los Sermones, en el trato y conversaciones familiares) se hallan frecuentemente aquellas sentencias respetables y luminosas, penetrantes y llenas de union, que se alcanzan no estudiando en los libros, sino ejercitándose mucho en la práctica de las virtudes.

Aunque ignorante en este particular á que debiéramos aplicarnos todos con el mayor conato y porfía, creo hallar en esta circunstancia una prueba clara y convincente de que S. I. era muy ejercitado y práctico en las virtudes que tan bien enseñaba: pero son muchos ademas, continuados y no desmentidos los hechos que testifican haber reglado su vida, segun las sanas y aún severas máximas que ha enseñado, procurando siempre con humilde y cristiana precaucion huir los peligros en que vió, no sin amargo sentimiento, fenecer muchos desgraciados ingenios, que ingratos hicieron y hacen gemir á la Santa Iglesia, piadosa Madre que les habia recibido cariñosamente en su casto seno para hacerles eternamente dichosos.

Aunque lleno de ignorancia, ejerzo en este Sagrado lugar oficio de Maestro en nombre de Jesucristo, Maestro y Señor de todos: oid sabios. Uno de los muchos peligros á que están espuestos los que se aplican al estudio de las ciencias, *Scientia inflat*, es una inflada y fastidiosa altanería con que son amantes de sí mismos, y menospreciadores de los demas. Tenemos por desgracia demasiados egemplos de presumidos sabios que se propasan, hasta querer que los vergonzosos estravíos de su razon corrompida se respeten como sentencias de sabiduría la mas alta y recondita. Otras muchísimas veces las disputas y cuestiones abstractas, aunque sean sobre materias que tienen por objeto el conocimiento y práctica de la virtud (no por sí mismas, sino por nuestra miserable debilidad y poca atencion á santificarnos) ocasionan porfias que resfrian la caridad, ó embeben el alma con pensamientos y especulaciones que ocasionan tibieza, no menos perjudicial muchas veces que el mismo vicio. Por esta razon los antiguos Santos del Yermo, aunque muertos al mundo y á su propia voluntad, todavía procuraban no detenerse demasiado sobre cuestiones sutíles, temerosos de que se les entibiase con esto el fervor; tal era su esmero en conservarle. ¿Afearon acaso estos defectos que he dicho la maravillosa ciencia, ó mas bien sabiduría de

nuestro difunto Prelado? O se desentendió de aplicar asimismo su buena doctrina? Enturbó con sus pies la fuente despues de haber bebido el agua muy clara?

Desátense en justas alabanzas suyas las veraces lenguas de los niños inocentes! Admiró á los sabios, habló y escribió sabiamente de las maravillas que Dios ha criado en los Cielos y en la tierra, en la mar y en los aires, era esclarecido humanista, sobresaliente matemático, insigne filósofo, teólogo profundo. Este sabio cuya ciencia aprende respetuosamente en las universidades la juventud estudiosa y los mismos maestros, el que escribia con argumentos al mismo tiempo que profundos, claros y llenos de fuerza capaz de confundir á los incrédulos, ¿ se envaneció viendo celebrada públicamente su ciencia? Bien podia haber cebado si quisiera, no solamente la vanidad, sino tambien la codicia: solo con hacer reimprimir sus apreciables obras, ó componiendo otras nuevas, segun era instruido, y en las materias que puntualmente en estos años han logrado mas aceptacion, hubiera conseguido aplausos y además intereses. Pudiera conseguir uno y otro honestamente y sin ser reprehensible. Esta omision que no puede atribuirse á dejadez, siendo como era muy activo y laborioso, le declara á un mismo tiempo que desinteresado, modesto y humilde.

Lejos de manifestarse envanecido.... ¡ah cristianos oyentes! son públicas en toda la Diócesis la edificante modestia y sencillez amable, con que se complacia tratando con los niños. Creo descubrirse en esto una sabiduría mayor, no poco rara, y dificultosa de alcanzarse. Disputaba con los niños, y sabia hacerse como uno de ellos. Oía sus razones, ya se las aplaudia, ya se las corregía y aclaraba para infundir en sus almas doctrina provechosa, adaptándose á su tierna capacidad. Bendiciendo y adorando al mismo tiempo á Dios que habita por su gracia en las almas inocentes. No era este un trato inconsiderado, ó ligero que deprimiera su alta dignidad de Príncipe de la Iglesia, era observar el maravilloso precepto de Jesucristo, que declaró ser grande y muy elevada la dignidad de los inocentes niños, cuyos Angeles estan viendo siempre la cara del Padre celestial. Asi era, que esta piadosa llaneza edificaba á los que observaron que tambien con ella desempeñaba en parte su ministerio pastoral, incitando ingeniosamente y con dádivas á los pequeñuelos, para que amasen la virtud desde los tiernos años, en que son particularmente agradables á Dios las alabanzas que salen de su boca. Por este motivo no impedia esta humilde llaneza el que S. I. se portase con el decoro y gravedad convenientes á un Pontífice, asi en las funciones

religiosas como en los graves negocios en que trabajaba sin descansar para el buen gobierno del Obispado.

Sé que la sagaz soberbia, arraigada profundamente en nuestro corazon desde la funesta culpa de nuestro primer Padre sabe entrometerse aún en las obras de mayor humildad: que un S. Bernardo temia le acometiese este dañoso vicio, aún cuando hablaba y escribia, para destruirle. Nuestro sabio Prelado conocia bien esto: sabía que no es pequeña soberbia presumir uno de sí mismo que es humilde, y mayor y mas abominable hipocresía abatirse, para parecerlo. Pero ademas del ningun dominio que tuvieron en su corazon las satisfacciones y aplausos mundanos, que por lo que habeis oido podeis conocer que huyó siempre de ellos, hay pruebas incontables de que S. I. obraba con este conocimiento y prevision, para que la vanidad no le dominase. Esto le hacia ser tan reservado en todo, pero mas principalmente en sus mortificaciones y vigiliass. Esto le dió inteligencia, para saber vivir en el Palacio como en un desierto, y como un penitente solitario, siendo Obispo; porque deseaba y procuraba en cuanto se lo permitian los cargos de la dignidad, que solo Dios fuese testigo de su vida.

Cuantos le han tratado, aún aquellos asi eclesiásticos, como seglares á quienes dió

muestras de especial estimacion y aprecio, advirtieron constantemente en S. I. lo que se dice, *un no se qué* de respetable que infundía veneracion y obligaba á observar en su presencia un comedimiento respetuoso. Habiendo meditado sobre esta particularidad, pareciéndome digna de atencion, creo hallar motivos, para no dudar que procedia de estar interiormente persuadidos de ser verdadera y sólida su virtud: de hallarle inclinado siempre y decidido á favor de lo justo, y jamás inclinado, antes bien opuesto siempre á lo que se presentaba aún solo con apariencia ó sombra de malicia. De esta su firmeza, cuando llegaba á penetrarse de que una cosa era justa, algunos tal vez han tomado ocasion, para conceptuarle de caracter duro. ¡Ojalá procurásemos todos ser justificados en nuestros juicios! Antes de soltar la lengua, y aún el pensamiento contra nuestros prógimos, mucho mas cuando por sus circunstancias y cualidades son dignos de respeto y veneracion, debieramos examinarnos con humilde sinceridad hasta lograr conocernos bien á nosotros mismos. ¡Qué pocos se atreverian á tirar piedras de maledicencia contra sus hermanos, viendo sus propias culpas! ¡Cómo este útil conocimiento de sí mismos desvanecería innumerables juicios y sospechas, cuyo principal fundamento se hallaría ser las mas veces la propia malicia! Mirémonos á nosotros mismos, veamos con

qué buenas obras santificamos nuestra vida, y miremos libres de toda pasión la extraordinaria laboriosidad, el fervoroso celo, la austeridad y mortificaciones, el desprendimiento, la misericordia, el espíritu de pobreza de nuestro difunto Prelado. ¡O virtud! ¡O santa pobreza! ¡Hermosa y amable pobreza, con qué ojos tan diversos te mira Dios, y te miran los hombres! ¿Mas quién podrá esperar librarse de la crítica mundana, que se atrevió al Hijo de Dios vivo? Serian necesarios otros tantos discursos, para hablar dignamente de cada una de las virtudes de que nos ha dejado nuestro buen Obispo ejemplos edificantes; mas no es oportuna toda esta detencion en un solo discurso, que aunque no del todo breve, lo es mucho, atendiendo á lo mucho bueno que ofrece su virtuosa vida y buena muerte.

Miremos, ó mas bien admiremos su extraordinaria laboriosidad. Ninguna intemperie, ni el ardoroso calor que abatía á los mas acostumbrados y fuertes, ni la rigidéz de un frio irresistible aún á los jóvenes mas robustos, ni la edad abanzada de setenta y dos años.... nada le detenia, para todo sacaba superiores fuerzas del ardiente celo con que deseaba llenar cumplidamente sus grandes obligaciones. Solo se atemorizaba y detenia diciéndole, que tan duro trabajo en su edad era un exceso de que le pediría Dios cuenta. La memoria de este juicio, temeroso aún para los

mayores Santos, el recelo de que pudiera ser contra virtud el trabajo que emprendia, esto sí le asustaba y hacia temblar. Pero cuando por este piadoso medio se lograba retraerle del trabajo, que se temia fundadamente fuese contra su quebrantada salud, quedaba con afliccion mas sensible y molesta para él, que todo el trabajo. Sentia y se quejaba amargamente de no tener bastante fuerza para todo lo que deseaba. Cedió cuando ya no podia mas el fatigado cuerpo; pero nunca cedió su valeroso espíritu.

De los muchos hechos que esto confirman, baste decir que estando en santa visita en 18 del último Julio, en aquel dia en que los robustos labradores apenas podian aguantar el escesivo calor, visitó dos diferentes Iglesias, y confirmó en ellas cerca de setecientas almas, con la penalidad que es de conocer estando como estaban, y en aquel tiempo llenas aquellas Iglesias de cuanto gentío pudo caber en ellas, habiendo antes caminado para ello tres leguas en ayunas. Ya sabeis que en tales casos nunca usó coche ni otro carruage, aunque bien lo necesitaba. Despues de haberse alimentado muy parcamente (á pesar de las instancias de los buenos Párrocos, que deseaban obsequiarle) habiendo tomado un ligero descanso, y éste ocupado la mayor parte en rezar el oficio Divino, vino para su Palacio de Segovia caminando con toda la fuerza del ca-

lor cuatro leguas y media. Es de advertir que hubiera caminado antes dos leguas mas, sino le hubieran detenido á fuerza de instancias.

Vino de este modo á su Palacio, no para descansar ni regalarse, porque el descanso que mas apetecia era el trabajar, y su mas gustoso regalo el ayuno y mortificacion, para alimentar y hacer mas bien á los menesterosos. Vino, para celebrar, segun tenia de costumbre en la Iglesia del Santo Hospital de la Misericordia, la fiesta de S. Vicente á Paulo, cuya admirable vida tenia muy en la memoria y procuraba con esfuerzo imitarle. Regalarse! O amados míos! El menestral mas pobre sentiria pena, si para su diario sustento no tuviera mas que la muy ordinaria muy escasa, y muy pobre comida que sin probar regularmente el vino, solia tomar nuestro egemplar Obispo. Descansar! ah descanso! ¡O humildísimo lecho! una infelíz y pobre cama inferior con mucho, y en todo sentido á la que procuraba Su Ilustrísima que tuviesen los pobres enfermos del Santo Hospital, era la suya; si acaso descansaba en ella, y no en el duro suelo el cortísimo tiempo que destinaba, para descansar despues de un trabajo no interrumpido.

Però Dios mio! ¿Qué desacierto mas que imprudente he proferido yo en este sagrado lugar, cátedra respetable de la virtud cristiana? Infelíz cama llamé la de nuestro virtuoso

Prelado? Perdonadme Dios Santo! Perdonadme tambien vosotros amados oyentes míos! he proferido una espresion mundana y reprehensible, yo Señor reprehendo y corrijo mi inadvertencia. No puede Señor llamarse infelíz cama el dichoso lecho que rodeaban y miraban con agradable complacencia vuestros Angeles. Era Señor una cama hermosa ante vuestros ojos hermosísimos. ¡O cama, mas preciosa y augusta que el hermoso lecho del magnífico Rey Salomon con todos sus marfiles, ricos metales y piedras preciosas! Muy superiores á los de aquel rico y sabio Rey eran sus adornos. Es cierto que en la cama de nuestro buen Obispo no habia seda ni oro, no elevacion ni colgaduras, no telas esquisitas. Unas sábanas muy ordinarias, dos colchones que no podian así llamarse; pues serian necesarios cuatro como ellos, para hacer uno mediano. ¿Pues cuáles eran direis los suntuosos adornos que tanto la hermoseaban y engrandecian? No, no les producen las Indias tan preciosos. Oíd: unos adornos en que se deleitan los mismos Angeles del Cielo, y en que el mismo Dios se deleita. Eran estos adornos resplandecientes y esquisitos, la muy hermosa humildad en que se complace el altísimo Dios, y la santa pobreza que tan hermosamente dice en los discípulos del que, siendo Rey de la gloria amó por nosotros la pobreza, y la eligió para sí hasta morir, en un desnudo madero.

Tenia su Ilustrísima por mal empleado lo que se destinaba para su persona, y solamente le parecia bien lo que servia, para aliviar á los menesterosos. Todavía este sombrero puede servirme decia de uno que una persona muy regular llamaria indecente. Con cien reales que le digeron costaria otro nuevo, hay, añadió, para socorrer algunas necesidades. Todavía no está roto el aforro, decia otra vez en ocasion de advertirle que estaba estropeado (lo diré claramente) cayéndose á pedazos el paño del vestido que traia cubierto con la muy raida sotana. En las riquezas no reconocia otro bien que el buen uso, que de ellas puede hacerse, favoreciendo á los necesitados.

Pues con ser para sí mismo tan escaso, tan duro y cruel dirán algunos, en las cuentas del año de mil ochocientos veinte y uno, en que llevaba seis años de Pontificado, se ve haber gastado hasta entonces trescientos mil reales sobre lo que habia valido la mitra, quedando ademas todavía en pie muchas y muy crecidas deudas anteriores. Mas no sintió pena, por verse tan alcanzado: toda su afliccion era no poder continuar haciendo bien con la misma largueza, y verse precisado á tomar alguna precaucion para lo sucesivo, pues con la rectitud que amaba en todo, queria egercitar la misericordia, sin faltar á lo que le obligaba la virtud cardinal de la jus-

ticia. ¿En qué gastaba tanto? preguntarán algunos? creyendo ó sin creer, los valores de la mitra mas que doble de lo que realmente han sido. Oigan de buena fé. En dar reses para la labor á muchos labradores pobres del Obispado espuestos á tener que abandonar sus honrados y útiles trabajos; en favorecer á otros con muchísimas fanegas de grano, en muchas crecidas limosnas ocultas de algunos miles algunas, lo sé; en otras limosnas públicas, en obras útiles; en dar á toda costa nueva, provechosa y edificante forma asi en lo material del edificio, como en lo formal de los enfermos y enfermerías al Santo Hospital de la Misericordia.

Santo y afligido Hospital de la misericordia! Amada habitacion del misericordioso Prelado, que lloras ya muerto! He llegado á una circunstancia de su egemplar y preciosa vida, en que debo darme por vencido, confesando con franqueza cristiana que no puedo hablar dignamente de ella. Hermanas laboriosas, egemplares hermanas de la caridad! ¿No visitais en el piadoso Prelado un modelo vivo de vuestro Santo Patriarca? Personas misericordiosas, que egercitais la santa y penosa devocion de visitar y asistir á los pobres enfermos ¿no sentiais interiormente un suave pero muy eficaz estímulo para continuar en vuestras caritativas obras, viendo el egemplo humilde y llaneza de su Ilustrísima? Pobres enfermos, los

que habeis conseguido salud, ¡moribundos enfermos! y vosotros difuntos que habeis entregado el espíritu á Dios á presencia y en las sagradas manos de este príncipe de la Iglesia, que alivió con misericordiosa dulzura las penas de vuestra agonía... Venid todos,... y á todos decidnos,... lo que admirasteis! Tal vez temiais se deprimiese la respetable y alta dignidad del Obispado con tan profunda humildad y edificante llaneza, pero sentiais luego convertido vuestro piadoso temor en santa alegría, advirtiendo que el Prelado venerable, contemplando en los pobres al mismo Jesucristo, se humillaba devotamente, para servir y obsequiar en ellos al mismo Jesucristo, Sacerdote eterno, Pontífice sumo. Sentiais una devocion admirable que os espantaba, y al mismo tiempo os consolaba prodigiosamente; penetró lo mas interior de vuestras almas, un religioso pavor que os fortalecia el espíritu agoviado con lo penoso de la enfermedad, viendo postrado á un Obispo tan respetable, limpiando con sus manos sagradas el santo suelo, sosteniendo con sus propias manos á los mas débiles y abatidos, dándoles con ellas los alimentos y medicinas, consolando y edificando á todos, viendo la pobreza despreciada en el mundo favorecida y servida, honrada y obsequiada por tan alta persona.

¿Qué eficacia podemos juzgar tendrian para hacer profunda y viva impresion en las al-

mas de los enfermos las santas palabras con que les consolaba, y les fortalecía el que se les mostraba en todo como un cariñoso padre vivamente interesado en procurar su alivio? O qué eficacia no tendrían aquellas espresiones encendidas en el santo fuego de la caridad para fortalecer á los débiles, animar á los abatidos y desconfiados, para infundirles sentimientos de caridad, inspirarles aborrecimiento á la culpa, y una humilde resignacion para entregar confiadamente su espíritu en las manos de un Dios amoroso, animados en la dulce esperanza de morir en su divina paz?

Ya las sentidas lágrimas de los pobres han pronunciado las honras de nuestro Prelado, con elocuencia mas penetrante que la de todos los discursos. Mira, decia, muy afligido á presencia del venerable cadáver, un pobre á otro que habia estado con él enfermo en el Santo Hospital. Mira, le decia llorando, este es el que nos decia cuando estábamos enfermos y desganados, hijo mio... qué comerias tú ahora de buena gana? y luego nos enviaba ó él mismo Señor nos traía lo que decíamos. Mira amigo ya ha muerto,... mira ya le van á dar tierra... Yo no puedo estar aquí... ni tan poco puedo apartarme... Dios le corone de gloria!

Sí, pobres de Jesucristo, murió y con él ha bajado al sepulcro vuestro consuelo. El sabio y virtuoso Obispo, el vigilante y laborioso

so pastor, el que ayunaba, para dar de comer á los pobres, y se desnudaba, para vestirlos, el penitente y mortificado, el humilde, el pobre y amante de los pobres.... el dignísimo Obispo de Segovia se nos ha muerto á los setenta y dos años de su edad, y doce de su egemplar Pontificado, habiendo hermoñado su venerable ancianidad con una vida virtuosa: *mortuus est in senectute bona*, en vejed buena, dejando sabios y muy saludables documentos, y el buen olor de las virtudes que ha practicado. O tierra bendita que cubres y posees su venerable cadáver.... no mortifiques ya ese respectable cuerpo que durante su larga vida ha sido tan mortificado con rígidos ayunos, largas vigiliass, asperezass y trabajos continuos. No le devores ó tierra que á todos nos mantienes... tierra de que todos hemos sido formados, tierra misericordiosa, que como buena madre á todos nos recibirás despues de la inevitable muerte, que nos tendrás en tu seno hasta que la temerosa trompeta nos llame á juicio, repara que ese nuestro venerable difunto ha sido en su vida un diligente siervo y fiel amigo de tu Criador; conviértete en oloroso bálsamo que le conserve libre de corrupcion. Imita ó buena tierra el egemplo que te ha dado el astro que te alumbra y vivifica. Luego que tu recibiste ese venerable depósito, el Sol, como satisfecho de habértele encomendado, retiró el hermoso resplandor que en aquel dia

36
manifestó solo para acompañar hasta el sepulcro al respetable cuerpo. ¿Será esto, amados oyentes míos, una señal dichosa de estar ilustrado su espíritu con resplandores celestiales? Su espíritu! Dadle ó Dios amoroso la bienaventuranza que teneis dicho ser propia de vuestros pobres, pues pobre ha sido voluntariamente por vos. Premiad sus aflicciones y trabajos con eterno descanso y eternos consuelos. Colocadle con los Príncipes dichosos, con los gloriosos Príncipes de vuestro pueblo escogido. Penetren Señor vuestros oídos misericordiosos los profundos gemidos y clamores de esta Iglesia viuda, afligida con la muerte de su Esposo. Oíd á las buenas almas, que en los claustros y fuera de los claustros os piden con lágrimas nos envíeis otro Prelado, según vuestro corazón, para gloria vuestra y bien de vuestros fieles, y que remuneréis al que lloramos difunto con vuestra paz y descanso. Requiescat in pace. Amen.

LAUS DEO.

Pág. 5 lín. 22 nace, léase nacen.

En id. lín. últ. juntamente, léase justamente.

Pág. 10 lín. 21 vez, léase véd.

Pág. 16 lín. 4 encariados, léase encarecidos.